
DÉCIMA HOMILÍA.

EL RICO VOLUPTUOSO, Ó LA CERTIDUMBRE DE LA MUERTE.

Sulle, hac nocte animam tuam repetunt à te; quos autem parasti, cujus erunt? (S. LÚCAS, XII.)

¡Insensato! Esta noche misma te pedirán tu alma; ¿y á quién pertenecerá todo lo que has acumulado?

Aunque el cuerpo humano no sea más que un compuesto de un polvo vil, sin embargo, por un privilegio concedido por Dios á la materia, el hombre de la primitiva creacion no debia sufrir la corrupcion de la tumba. Dios crió al hombre inmortal (1).

La muerte no entraba en el plan primitivo; no es obra de Dios. No ha entrado en el mundo, dice San Pablo, sino por consecuencia y en compañía del pecado (2). Apénas nuestros primeros padres cesaron de ser inocentes, cesaron tambien de ser inmortales. Y nosotros, herederos de su culpa, como lo somos de su sangre, somos todos hijos de la muerte, porque todos somos hijos del pecado: *Per peccatum mors.*

Pero ¡oh admirable economía de los designios de Dios! La muerte, que es uno de los efectos más terribles del pecado, es tambien el antídoto más poderoso contra el pecado. El pecado, dice San Pablo, ha forjado la guadaña de la muerte, ha armado con ella su brazo, y la ha conferido el derecho de herir á toda la descendencia de Adan (3). Y sin embargo, dice tambien la Escritura, bien meditado, la muerte desarma al pecado y arruina su

(1) Creavit Deus hominem inexterminabilem. (*Sap.*, II.)

(2) Per peccatum mors. (*Rom.*, V.)

(3) Stimulus autem mortis peccatum est. (*1, Cor.*, XV.)

imperio. Es para el cristiano que piensa en ella un remedio tan saludable, como es una pena dolorosa para el hombre que la sufre. «Acordaos de vuestros últimos momentos y jamas pecaréis» (1).

Por eso Jesucristo en el Evangelio, por medio de un gran número de ejemplos, de parábolas y de figuras, nos pone con frecuencia á la vista la fragilidad de nuestra existencia. Quiere que el pensamiento de la muerte corporal borre y destruya en nosotros el pecado, verdadera muerte del alma, y que podamos convertir en medio eficaz de enmienda de la vida la necesidad misma de morir.

Considerarémos, pues, hoy como verdaderos cristianos los lúgubres pero útiles misterios de la tumba. Irémos á la escuela de la muerte, y nos harémos sus discípulos ántes de ser sus víctimas. Hoy, en la parábola del rico voluptuoso precipitado en la muerte cuando ménos pensaba en ella, verémos cuán insensato es el olvido de la muerte en que viven los cristianos, con la certidumbre en que deben estar de morir muy pronto. Deploremos nuestra miseria con respecto á esto, y nos penetrarémos bien de ese punto capital de la sabiduría cristiana, á saber, la certidumbre de nuestra muerte mirada como motivo de vivir santamente.

PRIMER PUNTO. Habia, dice Nuestro Señor en el Evangelio de San Lucas, habia un hombre rico que en un año de extraordinaria abundancia, y halagado con la perspectiva de una magnífica cosecha de toda clase de frutos, comenzó á decir entre sí mismo: «¿Qué voy á hacer? No tengo graneros suficientes para encerrar en ellos mi cosecha» (2). Acerca de esto nos dice San Basilio: «Hé ahí la primera condición funesta de los bienes terrenales; son más fecundos en cuidados y en llantos que en gozos y delicias.» Hé ahí, en efecto, un hombre rico que, pobre en su riqueza y desgraciado en su felicidad, prorumpie en una exclamacion dolorosa, hasta el punto de que abrumado, angustiado y desconsolado, no sabe qué hacer. Sus bienes le acarrean más disgustos que rentas le producen (3). Hé ahí, en fin, que adopta su partido y dice para sí: «Sé muy bien lo que he de hacer; demoleré mis

(1) Memorare novissima tua et in æternum non peccabis. (*Eccles.*, VII.)

(2) Hominis cujusdam divitis uberes fructus ager attulit; et dixit intra se: Quid faciam, quia non habeo quo congregem fructus meos? (*Luc.*, XII.)

(3) Non reditus fert ipsa terra sed gemitus. Peræque enim ac egestat pressi miser afflictatur et ejulat: Quid faciam? (*S. Basil.*)

graneros, mandaré construir otros mayores y encerraré en ellos todos mis frutos y todas mis riquezas (1). Y en seguida, satisfecho y contento con la acumulacion de tantos bienes, diré á mi alma: «Alma mia, héte ahí en posesion de muchos bienes para algunos años; descansa, pues, no pienses más que en comer y beber, en divertirme sin ninguna especie de cuidados ni inquietudes, puesto que no es posible te veas reducida á carecer de nada» (2).

¡Qué palabras! ¡Qué lenguaje de un afortunado del siglo! «¡Pero, insensato! exclama San Cirilo. Tú que te congratulas de haber encerrado en tus graneros toda clase de riquezas, ¿qué tesoro has escondido que pueda garantirme los largos años de vida que te prometes para poder gozar de tus riquezas?» (3).

Y en efecto, continúa el Señor en la parábola, miéntras aquel hombre sensual discurría de esa manera entre sí mismo, hé ahí que, cual nuevo Baltasar, oye la voz de Dios que con tono amenazador y terrible le dice: «¡Insensato! Esta noche misma tu alma será arrancada de tu cuerpo, y entónces, ¿á quién pertenecerán los bienes que has acumulado?» (4).

Pues eso fué precisamente lo que sucedió; sorprendido aquella misma noche por la muerte, dejó de existir para sus bienes, como sus riquezas concluyeron para él; y así, dice San Gregorio, el que se prometia largos y felices años, no consiguió ni áun ver el dia siguiente (5).

¡Ay! ¡Esa historia no es la historia de todos los instantes!.... Así es que el Señor la terminó con esta reflexion: «Tales son los pensamientos y los razonamientos, y tal es tambien la suerte y el castigo de todos los hombres que se afanan por llegar á ser ricos y felices segun el mundo, y que no se desvelan ni molestan por llegar á ser ricos y felices, segun Dios» (6).

(1) Et dixit: Hoc faciam; dextruam horrea mea et majora faciam. Et illic congregabo omnia quæ nata sunt mihi et bona mea. (*Evang.*)

(2) Et dicam animæ meæ: Habes bona multa in annos plurimus; requiesce, comede, bibe, epulare. (*Ibid.*)

(3) Habes quidem, o dives, fructus; sed annos multos unde habes? (*S. Cyrill.*)

(4) Dixit autem illi Deus: Stulte, hac nocte animam tuam repetunt à te; quæ autem parasti cujus erunt? (*Evang.*)

(5) Qui sibi longa tempora promittebat, sequentem diem non vidit. (*S. Greg.*)

(6) Sic est qui thesaurizat et non est in Deum dives. (*Evang.*)

BIBLIOTECA CENTRAL

¿No es verdad, en efecto, que á imitacion de ese rico voluptuoso, los cristianos del siglo, por más avanzados que se hallen en edad, siempre se prometen larga vida y creen que jamas deben morir? «Tienes bienes para muchos años» (1). A todas horas del día oímos la campanilla del Santo Viático que va á administrarse á un moribundo; en todas las calles encontramos un muerto; en cada iglesia pisamos la losa de un sepulcro; en toda conversacion se habla de un pariente, de un amigo, de un conocido que acaba de bajar á la tumba; circunstancias todas que nos presentan á la vista y nos recuerdan la hora de nuestra muerte. Las sepulturas que vemos abrir todos los dias, nos indican el sitio que bien pronto debemos ocupar nosotros mismos. Los retratos de nuestros parientes y de nuestros antepasados que tenemos en nuestras casas recordándonos á los que ya no existen, nos dicen con mudo, pero elocuente lenguaje, que bien pronto tampoco existiremos nosotros. La casa que cada uno habita, el empleo que ejerce, el bufete en que trabaja, el nombre mismo que lleva, los escritos que leemos, los libros en que estudiamos, habiendo pertenecido á otros que nos han precedido al sepulcro, nos advierten que no tardaremos en seguirlos por el mismo camino; que no somos más que moribundos adornados con los despojos de los muertos, pero que seremos despojados á nuestra vez por los que vengan despues de nosotros. La generacion naciente, la juventud que crece á nuestra vista, parece que nos dice: «¡Adelante!..... ¡Adelante!..... ¡Quitaos de ahí!..... ¡Abandonad la escena!..... ¡Habeis representado vuestro papel bien ó mal, pues dejadnos el puesto libre para que representemos el nuestro!..... En una palabra, todo lo que nos rodea nos habla de la brevedad de nuestra existencia. Dios ha impreso por todas partes los signos y las pruebas de ello. Y sin embargo, ¡ay!..... dice San Eucherio, miéntras que no hay nada que sea recordado y presentado con más frecuencia á la vista del hombre que la muerte, no hay tampoco cosa que el hombre olvide más fácilmente que la muerte (2). ¿Quién piensa en ella entre los mundanos? ¿Quién es el que no vive como si la vida no debiese tener

(1) Habes bona in annos plurimos. (*Evang.*)

(2) Nihil ita quotidie homines ut mortem vident; nihil obliviscuntur ut mortem. (*S. Eucher.*)

fin, y que sea cual fuere el número de años que haya vivido no se prometa vivir todavía largo tiempo? «Alma mia, tienes riqueza para muchos años» (1).

Acariciando la misma ilusion del rico del Evangelio, y esperando como él vivir muchos años, ¿cuántos hombres del siglo, y con frecuencia tambien cuántos hombres del santuario se conducen de la misma manera que aquél? ¿Qué hacen? ¿De qué se ocupan? ¡Ay! Poco codiciosos de las riquezas del cielo, no piensan más que en acumular tesoros sobre la tierra; sin ningun anhelo por los bienes de la gracia, son muy activos y emprendedores con respecto á los de la naturaleza; olvidan completamente el alma, y no atienden más que á multiplicar los goces del cuerpo; no aspiran más que á obtener nuevos empleos, á aumentar su fortuna, ascender en dignidad, enriquecer su familia y dar lustre á su casa; no tienen otra mira que la de poseer bastantes bienes para poder decir entre sí mismos: «¡Sea en buen hora! Pues me veo honrado, feliz y contento, diré á mi alma: Tienes bastantes bienes, no pienses más que en descansar, comer, beber y divertirme» (2). Para eso se estudia, se afana y se sufren vigiliass é insomnios; para eso se ruega, se insiste y se intriga; por eso se ven gentes que llaman á todas las puertas, que tientan todos los medios, que ponen en juego toda clase de resortes, que se humillan ante ciertas personas y que besan la mano y el vestido á cualquiera; hé ahí el objeto de todos los pensamientos, de toda la solicitud y de toda la ansiedad.

Si el mundo opone obstáculos á los planes de su codicia; entonces, en el delirio de la fiebre que los atormenta, y en la sed abrasadora de bienes terrestres que los devora, se van de él, repitiendo cada uno para sí: «Sé muy bien lo que he de hacer»: *Hoc faciam*. El que tiene miedo al diablo no hace fortuna; con la modestia no se llega á los primeros puestos; con la prudencia y la timidez no se hacen conquistas. Derribaré las barreras del pudor, saltaré por encima de las reglas de la justicia, me formaré un plan de vida más ancha y libre, una conciencia más robusta y más franca que no conozca tantos miramientos, que no se detenga en tantas pequeñeces y no haga caso de todos esos escri-

(1) Anima mea, habes bona multa in annos plurimos. (*Evang.*)

(2) Dicam animæ meæ: Habes bona, requiesce, comede, bibe, epulare. (*Ibid.*)

pulos. Miraré como lícito todo lo que me sea útil; honradez y justicia serán para mí palabras vacías de sentido; pasaré por encima del vientre y golpearé á un rival derribado en tierra por la calumnia; procuraré ponerme delante de todos y de eclipsar, por cuantos medios estén á mi alcance, á los demás; haré valer talentos que no poseo, méritos que no he contraído y servicios que no he prestado, para proporcionarme una posición honrosa, un apoyo sólido y un protector poderoso. Envileceré mi noble condición, prostituiré mis talentos á la adulación, mis servicios y mi vida á la pasión de otro; y á expensas de la religión, del alma y de la eternidad, ensancharé los caminos y los medios de hacer fortuna y de llegar á la felicidad, y sabré abrirme nuevos caminos: *Hoc faciam: destruam horrea mea et majora faciam.*

Pues bien, continúa ese insensato encantado con el punto de vista que le presenta tan próximas una fortuna y una grandeza, que no tienen de sólido, verdadero y real más que la locura del que las ha soñado, y la codicia del corazón que las desea; pues bien, sí, obtendré ese cargo, haré fortuna, compraré una casa, tendré una quinta, tierras, títulos y oro; sí, subiré á las más altas dignidades, y entonces disfrutaré los placeres del campo y las diversiones de la ciudad. ¡Qué riqueza en trajes y muebles!... ¡Qué soberbios trenes!... ¡Qué ricas libreas!... ¡Cuántos criados!... ¡Qué comidas tan opíparas y succulentas!... ¡Qué variedad de escogidos vinos!... ¡Qué festines tan suntuosos!... Entonces podré decirme á mí mismo: «Estoy contento, soy feliz; sin amargura por lo pasado, sin cuidado por el porvenir, concentrado enteramente en lo presente, no pensaré más que en pasar una vida alegre: *Requiesce, comede, bibe, epulare!*...»

Esas cosas no se dicen, es cierto, explícitamente y en lenguaje articulado; pero cruzan por la mente, se agitan en lo secreto del corazón, y se producen por la acción y por los efectos.

¡Gran Dios!... ¡Qué ceguedad!... ¡Qué miseria!... ¡Qué degradación para unos cristianos el pensar y el obrar así!... Puede repetírseles lo que decía San Basilio al rico del Evangelio: «¡Hombre miserable!... Si tu cuerpo tuviese una alma de puerco, ¿qué otros goces, qué otros placeres podías prometerla y procurarla?» (1).

(1) Si porcínám habuisses animam, quid aliud illi nuntiare potuisses? (S. Basil.)

Pero tal es, justamente, la sabiduría del mundo, la filosofía de la carne y de las pasiones, que no es más que necedad á los ojos de Dios (1). Ese lenguaje sensual podría significar algo si hubiésemos de permanecer siempre sobre la tierra, ó si pudiésemos estar seguros de llegar á los largos años que nos prometemos. Pero en la necesidad en que nos hallamos de dejar esta tierra, y no pudiendo prometernos un solo día de vida, el querer formarnos de ese modo un paraíso carnal en la tierra, una verdadera felicidad de puerco, olvidando el verdadero paraíso, con toda la felicidad angélica del cielo, es, nos dice á todos el Señor en la persona del rico de la parábola, no sólo bajeza y degradación, sino necedad y locura. Dios, en efecto, dijo á ese rico: «¡Insensato! ¡Esta noche misma se te va á pedir tu alma!» (2).

Observad estas palabras: *Repetunt à te animam tuam*: Se te pide tu alma. Porque eso significa que la muerte no es sólo una consecuencia natural de la fragilidad del hombre, sino también, como observa San Pablo, una sentencia de la Justicia divina, en virtud de la cual todos los hombres están destinados á morir y sometidos al imperio de la muerte; sentencia universal, irrevocable, que las enfermedades corporales, y los golpes violentos, como ministros de Dios, llevan á debida ejecución. La muerte es una condenación fulminada contra todos (3). Todos estamos destinados á la muerte (4).

Hace, en efecto, seis mil años que esa terrible sentencia fué pronunciada por la boca del Señor, y que se ejecuta con inflexible severidad. De tantos millones de hombres que durante el largo espacio de seis mil años se han sucedido en la escena del mundo, ninguno se ha librado de los golpes de la muerte; no hay en esa ley terrible ni una sola excepción, ni aún en favor de los mayores servidores de Dios, de los patriarcas y de los profetas; ni aún en favor de los mayores amigos de Dios, de los Apóstoles y los Evangelistas; ni aún en favor de María, la Santísima Madre

(1) Sapientia hujus mundi stultitia est apud Deum. (I, Cor., III.)

(2) Dixit illi Deus: Stulte, hac nocte animam tuam repetunt à te. (Evang.)

(3) Statum est hominibus semel mori. (Hebr., IX.)

(4) Tamquam morti destinatos. (I, Cor., IX.)